

ASIMOV

HACIA LA
FUNDACIÓN

Mientras Hari Seldon se esfuerza por perfeccionar su revolucionaria teoría de la psichistoria, el gran Imperio Galáctico está al borde de un colapso apocalíptico. Seldon y aquellos a los que más quiere se convierten en peones en la lucha por el poder: quien lo controle a él controlará la psichistoria, y con ella el futuro de la Galaxia.

Entre los que desean convertir la psichistoria en un arma se encuentran un político, el emperador Cleón, y un despiadado general. En su último acto de servicio a la humanidad, Seldon debe apañárselas para salvar el trabajo de toda su vida de las garras de ambos e ir en busca de sus verdaderos herederos y del sueño de una nueva Fundación.

Para todos mis leales lectores

No podría haber escrito este libro hace cuarenta (o treinta, o veinte, ni siquiera diez) años. Porque, poco a poco, durante todo este tiempo, he seguido trabajando e investigando en el pasado del origen de la Fundación: Hari Seldon. Hoy hago uso del regalo que me ha otorgado la madurez: experiencia (algunos quizá lo llamen sabiduría, pero me abstendré de alabarme a mí mismo de manera semejante). Solo ahora soy capaz de ofrecerles a mis lectores a Hari Seldon durante el periodo más crucial y creativo de su vida. Lo cierto es que, a lo largo de los años, Hari Seldon se ha convertido en mi álter ego. En mis primeros libros, Hari Seldon era un personaje mítico, legendario; en *Hacia la Fundación* lo he convertido en alguien real.

Isaac Asimov

Primera parte

Eto Demerzel

Demerzel, Eto. [...] Si bien no hay duda de que Eto Demerzel fue el verdadero poder gobernante durante buena parte del reinado del emperador Cleón I, los historiadores no se ponen de acuerdo respecto al carácter de su autoridad. La interpretación clásica es que fue uno más en una larga sucesión de opresores fuertes y despiadados en el último siglo del Imperio Galáctico antes de su división, aunque según ciertas opiniones revisionistas, el de Eto Demerzel fue un despotismo sin duda, pero uno benevolente. A este respecto se ha especulado mucho sobre su relación con Hari Seldon, aunque dicha relación permanecerá por siempre oculta tras una neblina de imprecisiones, en especial durante el extraño episodio de Laskin Joranum, cuyo meteórico ascenso...

—Enciclopedia Galáctica^[1]

1

—Te lo repito, Hari —dijo Yugo Amaryl—, tu amigo Demerzel está metido en un buen lío. —Enfatizó la palabra «amigo» muy levemente, y la pronunció con un inconfundible tono de desagrado.

Hari Seldon detectó la amargura en su voz, pero no le prestó atención. Alzó la vista de su triordenador y dijo:

—Te lo repito, Yugo, eso es absurdo. —Y a continuación, con un ligerísimo matiz de irritación, añadió—: ¿Por qué me haces perder el tiempo insistiendo en ello?

—Porque considero que es importante. —Amaryl se sentó, desafiante. Era un gesto que indicaba que no iba a marcharse fácilmente. Aquí estaba, y aquí pensaba quedarse.

Ocho años antes era calorero en el sector de Dahl; era difícil caer más bajo en la pirámide social. Fue Seldon quien lo sacó de allí, quien lo convirtió en un matemático y en un intelectual. Y más que eso, quien lo convirtió en un psichistoriador.

Nunca, ni por un minuto, olvidaba quién había sido y quién era ahora, y a quién tenía que agradecerle el cambio. Eso significaba que si debía hablar severamente a Hari Seldon —por su propio bien—, ningún tipo de consideración o sentimiento de amor o respeto por Seldon o por su propia carrera iba a detenerle. Le debía esa severidad, y muchas cosas más, a Hari Seldon.

—Escúchame, Hari —dijo, gesticulando en el aire con la mano izquierda—, por algún motivo que no alcanzo a comprender, tienes en muy alta estima al tal Demerzel, pero yo no. Nadie cuya opinión respete, excepto tú, tiene buena opinión de él. No me importa lo que le ocurra personal-

mente, Hari, pero mientras crea que a ti sí te importa, no tengo más remedio que hacértelo saber.

Seldon sonrió, tanto por la vehemencia de Yugo como por la que consideraba futilidad de su preocupación. Seldon apreciaba a Yugo Amaryl; de hecho, sentía algo más que aprecio por él. Yugo era una de las cuatro personas que había conocido durante el corto periodo de su vida que había pasado huyendo por todo el planeta Trantor: Eto Demerzel, Dors Venabili, Yugo Amaryl y Raych. Cuatro personas totalmente distintas a las demás que había conocido hasta entonces.

Todos ellos eran, de una manera diferente, indispensables para él. En el caso de Yugo Amaryl, debido a su rápida comprensión de los principios de la psichistoria y a sus imaginativas investigaciones en nuevas áreas. Resultaba reconfortante saber que, si algo le ocurría a Seldon antes de poder definir por completo las ecuaciones de la psichistoria —y cuán lentamente progresaban, y cuán enormes eran los obstáculos—, habría al menos una mente capaz de continuar su investigación.

Seldon dijo:

—Lo siento, Yugo. No quiero parecer impaciente o rechazar de antemano eso que tienes tantas ganas de contarme. Es este trabajo; ser el director del departamento...

Fue el turno de Amaryl de sonreír; tuvo que reprimir una risilla.

—Lo siento, Hari; no debería reírme, pero no tienes aptitudes naturales para el puesto.

—Lo sé muy bien, pero tendré que aprender. Debe parecer que trabajo en algo inofensivo, y no hay nada más inofensivo que dirigir el departamento de Matemáticas de la Universidad de Streeling. Puedo estar todo el día ocupado en tareas sin importancia, y de ese modo nadie sentirá ningún interés por conocer o preguntar acerca de nuestra investigación psichistórica, pero el problema es ese: que estoy todo el día ocupado en tareas sin importancia, y no

me queda tiempo para... —Los ojos de Seldon recorrieron la oficina y el material almacenado en sus ordenadores, cuya clave solo él y Amaryl conocían. A pesar de todo, ante la posibilidad de que alguien llegara a descubrir el contenido de los ordenadores, dicho material había sido codificado en una simbología inventada que nadie más que ellos dos entendería.

Amaryl dijo:

—Cuando te hagas con tus responsabilidades, empezarás a delegar, y tendrás más tiempo libre.

—Eso espero —dijo Seldon dubitativamente—. Dime, ¿qué es eso tan importante que tenías que contarme sobre Eto Demerzel?

—Solo que Eto Demerzel, el primer ministro de nuestro gran emperador, está muy ocupado en crear una insurrección.

Seldon frunció el ceño.

—¿Por qué querría hacer eso?

—No he dicho que quiera hacerlo. Sencillamente, lo está haciendo, lo sepa o no, y con mucha ayuda de algunos de sus enemigos políticos. A mí me parece bien, la verdad. Creo que, en condiciones ideales, lo mejor sería que abandonara el palacio, que abandonara Trantor... que abandonara el Imperio, por lo que a mí respecta. Pero tú lo tienes en alta estima, como ya he dicho, y por esto te advierto, porque me temo que no estás siguiendo la actualidad política tan de cerca como deberías.

—Tengo cosas más importantes en qué pensar —dijo Seldon.

—Como la psichistoria. Estoy de acuerdo. Pero ¿cómo vamos a desarrollar una psichistoria que tenga alguna posibilidad de éxito si no prestamos atención a la política? A la actualidad política, quiero decir. En este preciso instante el presente se está convirtiendo en el futuro. No podemos limitarnos a estudiar el pasado. Ya sabemos lo que ocurrió

en el pasado. Pero solo podemos comparar nuestros resultados con el presente y el futuro cercano.

—Me da la impresión —dijo Seldon— de que ya he oído este razonamiento antes.

—Y lo volverás a oír. No parece que sirva de nada que te explique todo esto.

Seldon suspiró, apoyó la espalda en la silla y miró a Amaryl con una sonrisa. El joven podía llegar a ser brusco, pero se tomaba muy en serio la psichistoria, y eso compensaba todo.

Amaryl aún lucía en su cuerpo las señales de su pasado como calorero. Tenía los hombros anchos y la complexión musculosa de alguien que llegó a acostumbrarse a un trabajo físico muy duro. No había permitido que su cuerpo se ablandase, y eso servía también para inspirar a Seldon a resistir el impulso de pasar todo su tiempo ante el escritorio. Seldon no tenía la fuerza física de Amaryl, pero no había perdido su destreza como luchador de torsión, aunque acababa de cumplir los cuarenta y no podría conservarla para siempre. Por el momento, sin embargo, seguiría entrenando. Gracias a sus ejercicios diarios, su cintura era aún esbelta, y sus brazos y piernas seguían siendo firmes.

Seldon dijo:

—Tanta preocupación por Demerzel no puede deberse simplemente a que sea amigo mío. Debes de tener algún otro motivo.

—No es ningún misterio. Mientras sigas siendo amigo de Demerzel, tu posición en la Universidad estará a salvo, y podrás seguir trabajando en la investigación psichistórica.

—Ahí lo tienes. Sí tengo un motivo para ser su amigo. Parece que no es algo que te resulte imposible de comprender, después de todo.

—Te interesa tener buenas relaciones con él. Eso puedo entenderlo. Pero en cuanto a ser amigos... no, no lo entiendo. Sin embargo, si Demerzel perdiera poder, más allá de la repercusión que eso tendría sobre tu posición, Cleón

tendría que gobernar personalmente el Imperio, y la velocidad de su declive aumentaría. La anarquía podría caer sobre nosotros antes de que pudiéramos comprender todas las implicaciones de la psicohistoria, y antes de que hayamos hecho posible que la ciencia salve a toda la humanidad.

—Ya veo. Aunque, a decir verdad, no creo que resolvamos todos los problemas de la psicohistoria a tiempo para evitar la caída del Imperio.

—Aunque no podamos evitar la caída, podríamos atenuar sus efectos, ¿no es así?

—Quizá.

—Ahí lo tienes. Cuanto más tiempo trabajemos en paz, más oportunidades tendremos de evitar la caída, o al menos de aliviar sus efectos. Por lo tanto, puede que sea necesario salvar a Demerzel, nos guste —me guste, mejor dicho— o no.

—Y sin embargo acabas de decir que te gustaría verlo fuera de palacio, fuera de Trantor y lejos del Imperio.

—Sí, en condiciones ideales. Pero no estamos en condiciones ideales, y necesitamos a nuestro primer ministro, aunque sea un instrumento de represión y despotismo.

—Entiendo. Pero ¿por qué crees que el Imperio está tan próximo a desintegrarse que la pérdida de un primer ministro provocará la caída?

—Por la psicohistoria.

—¿La estás utilizando para hacer predicciones? Ni siquiera hemos establecido un marco de trabajo aún. ¿Qué predicciones puedes hacer?

—Existe algo llamado intuición, Hari.

—Siempre ha existido. Pero queremos algo más, ¿no es así? Queremos un tratamiento matemático que nos dé probabilidades de que se den determinados desarrollos futuros dada esta o aquella condición. Si la intuición basta para guiarnos, no necesitamos la psicohistoria para nada.

—No se trata de elegir entre una u otra, Hari. Yo te estoy hablando de ambas, de la combinación, que puede ser mejor que cualquiera de ellas por separado, al menos hasta que la psichistoria esté perfeccionada.

—Si es que llega a estarlo alguna vez —dijo Seldon—. Dime, ¿de dónde proviene este peligro para Demerzel? ¿Qué puede dañarle o incluso derrocarlo? ¿Estamos hablando del derrocamiento de Demerzel?

—Sí —dijo Amaryl, y de inmediato su rostro adoptó una expresión sombría.

—Entonces, cuéntamelo. Apiádate de mi ignorancia. Amaryl enrojció.

—Estás siendo condescendiente, Hari. Sin duda has oído hablar de Jo-Jo Joranum.

—Por supuesto. Es un demagogo... ¿de dónde es? De Nishaya, ¿verdad? Un mundo de muy poca importancia. Crían cabras, creo. Quesos de primera calidad.

—Así es. Sin embargo, no es solo un demagogo. Tiene muchos seguidores, y cada día se hace más fuerte. Su objetivo, según dice, es la justicia social, y lograr que el pueblo se implique más a nivel político.

—Sí —dijo Seldon—, he oído hablar de eso. Su eslogan es: «El gobierno pertenece al pueblo».

—No exactamente, Hari. Es: «El gobierno es el pueblo». Seldon asintió.

—Bien, la verdad es que me parece un concepto admirable.

—A mí también. Estoy totalmente a favor. O lo estaría, si Joranum buscara eso en realidad. Pero no es así, tan solo es un peldaño en su camino. Es un medio para lograr un fin, no un fin en sí mismo. Quiere deshacerse de Demerzel. Después, le resultará fácil manipular a Cleón. A continuación Joranum reclamará el trono para sí mismo y él será el pueblo. Tú mismo me has dicho que ese tipo de cosas han ocurrido muy a menudo a lo largo de la historia del Imperio, y últimamente el Imperio está más débil y es menos es-

table que nunca. Un golpe que hacía siglos simplemente lo habría hecho tambalearse podría destruirlo hoy. El Imperio se verá inmerso en una guerra civil y nunca se recuperará, y no podremos disponer de la psichistoria para enseñarnos qué debemos hacer.

—Veo adónde quieres ir a parar, pero estoy seguro de que no va a ser tan fácil librarse de Demerzel.

—No sabes lo fuerte que es Joranum.

—Eso no importa. —Una sombra de duda pareció sobrevolar el ceño de Seldon—. Me pregunto por qué sus padres le pondrían un nombre como Jo-Jo. Parece un nombre algo juvenil.

—Sus padres no tuvieron nada que ver. Su verdadero nombre es Laskin, un nombre muy habitual en Nishaya. Él mismo eligió Jo-Jo, es de suponer que por la primera sílaba de su apellido.

—Parece algo ridículo, ¿no crees?

—No, no lo creo. Sus seguidores lo gritan: Jo... Jo... Jo... Jo... una y otra vez. Es hipnótico.

—Bien —dijo Seldon, al tiempo que se centraba de nuevo en su triordenador y se disponía a ajustar la simulación multidimensional que había creado—, veremos qué ocurre.

—¿Cómo es posible que te lo tomes tan a la ligera? Te estoy diciendo que el peligro es inminente.

—No lo es —dijo Seldon, con mirada firme y un matiz repentino de severidad en su voz—. No dispones de todos los hechos.

—¿De qué hechos no dispongo?

—Lo discutiremos en otro momento, Yugo. Por ahora, sigue con tu trabajo y deja que yo me preocupe de Demerzel y del Imperio.

Los labios de Amaryl se tensaron, pero la costumbre de obedecer a Seldon estaba demasiado arraigada.

—Sí, Hari.

No estaba arraigada hasta el punto de ser invencible, sin embargo. Dio media vuelta antes de salir y dijo:

—Estás cometiendo un error, Hari.

Seldon esbozó una sonrisa.

—No lo creo, pero ya he escuchado tu advertencia, y no la olvidaré. Todo irá bien.

Al mismo tiempo que Amaryl se marchaba, la sonrisa de Seldon desapareció. ¿Era cierto? ¿Iría todo bien?

2

Aunque no olvidó la advertencia de Amaryl, Seldon no pensó demasiado en ella. Su cuarenta cumpleaños llegó y pasó, acompañado del habitual golpe psicológico.

¡Cuarenta años! Ya no era tan joven. La vida ya no se extendía ante él como un terreno virgen e inexplorado cuyo horizonte se perdía a lo lejos. Llevaba ocho años en Trantor, y el tiempo había transcurrido con rapidez. Otros ocho años y tendría casi cincuenta. La vejez estaría ya llamando a su puerta.

¡Y ni siquiera había logrado un comienzo decente para la psichistoria! Yugo Amaryl hablaba con entusiasmo de leyes y resolvía sus ecuaciones haciendo osadas conjeturas basadas en la intuición. Pero ¿cómo podría comprobar la veracidad de esas conjeturas? La psichistoria ni siquiera era aún una ciencia experimental. El estudio completo de la psichistoria exigiría experimentos que implicarían mundos habitados y siglos... y una absoluta carencia de responsabilidad ética.

La psichistoria planteaba un problema imposible, y Seldon lamentaba tener que emplear tanto de su tiempo en tareas del departamento, por lo que cada día caminaba de vuelta a casa con gesto apesadumbrado.

Por lo general, siempre podía contar con que un paseo por el campus lo animase. La cúpula de la Universidad de Streeling era muy alta, y el campus daba la impresión de estar a la intemperie sin necesidad de soportar el tipo de clima que había experimentado en su primera (y única) visita al Palacio Imperial. Había árboles, césped y paseos, casi como si estuviera en el campus de su vieja Universidad en su mundo natal, Helicón.